

## JUSTO SIERRA: DEL ROMANTICISMO AL POSITIVISMO, SU REFLEJO EN LA POESÍA

*Juan Alfonso Milán López\**

JUSTO SIERRA: FROM ROMANTICISM  
TO POSITIVISM, ITS REFLECTION IN POETRY

RESUMEN: Con el repunte de la literatura nacional durante la República Restaurada, Justo Sierra adoptó la pauta romántica y liberal que propugnaba Altamirano en órganos de difusión como *El Renacimiento*. Luego, con la llegada de Porfirio Díaz al poder, la literatura de Sierra se orientó al positivismo. En este artículo se estudia cómo se produjo el cambio del Sierra “romántico” al Sierra “positivista”.

PALABRAS CLAVE: educación, literatura mexicana, Porfiriato, siglo XIX .

ABSTRACT: With the rise of national literature during the Restored Republic, Justo Sierra adhered to the romantic and liberal guidelines propagated by Altamirano in such publications as *El Renacimiento*. However, with the arrival of Porfirio Díaz to power, Sierra’s literature turned to positivism. In this article, the change from the “romantic” Sierra into the “positivist” Sierra is analyzed.

KEYWORDS: education, Mexican literature, Porfiriato, XIX century .

RECEPCIÓN: 11 de julio de 2022.  
ACEPTACIÓN: 6 de septiembre de 2022.  
DOI: 10.5347/01856383.0145.000308861

\*Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vález Pliego, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

JUSTO SIERRA:  
DEL ROMANTICISMO  
AL POSITIVISMO, SU  
REFLEJO EN LA POESÍA

### Introducción

134

Pedro Santacilia comentó en *Del movimiento literario en México* (1868) que los lectores acogían con gusto las obras que surgieron de las Veladas Literarias y de la boyante producción editorial que llevaban a cabo los polígrafos liberales. Además, sentenció que el movimiento literario se convertiría en precursor de la tranquilidad y el orden. Tal producción comprende el amplio corpus de textos que vieron la luz una vez apaciguada la república después de la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano. Esta literatura aún estaba sostenida por la dupla del romanticismo y el liberalismo, y resultó la fórmula perfecta para

exaltar las acciones del hombre, envueltas siempre en el misterio; la pasión, pero también la rectitud, la moral y un entusiasmo desbordante por la naturaleza.

Con la llegada de Porfirio Díaz al poder y la consolidación económica, se alcanzó, por primera vez en décadas, un ambiente de paz. Estos avances se lograron gracias al orden y progreso basado en la doctrina positiva de Comte y Spencer. Significó una mudanza del liberalismo al positivismo que, si bien no es una doctrina política, sus preceptos les brindaron a las élites políticas claves para encausar la gestión del país y a las élites ilustradas una nueva forma de expresar la etapa de progreso material que se había alcanzado. Después

de la estridencia de la épica contada en las novelas históricas escritas por los polígrafos liberales, vino el silencio que retratan los paisajes de José María Velasco, y lo único que lo podía romper era, ya no el estruendo de balas y cañones, sino el silbido del ferrocarril, símbolo del adelanto tecnológico y del progreso.

Justo Sierra se ubica como una especie de bisagra entre la literatura romántica y una nueva forma de expresión inspirada por la doctrina positiva, en la que, como avizoraba Santacilia, predominaría la tranquilidad y el orden. ¿Qué características ligadas al romanticismo liberal son observables en la obra de Sierra? ¿En qué momento el escritor campechano se apartó del romanticismo y adoptó en su obra principios cercanos a la doctrina positiva?

### **Porfirio Díaz y Justo Sierra, trayectorias paralelas en tiempos del romanticismo**

Al concluir el Segundo Imperio, Porfirio Díaz pensaba que había sido el principal artífice de la victoria. Ninguno de sus compañeros de armas, incluido Mariano Escobedo, alcanzó tanta popularidad. Este empuje pareció ser suficiente para aspirar a la presidencia de la república, pero Benito Juárez triunfó en las elecciones de agosto de

1867. El joven general, frustrado, decidió trasladarse a la hacienda de La Noria, lugar en el que sobrevinieron acontecimientos desafortunados para su vida personal. Pero el héroe del 2 de abril no cedió en su empeño, sino que se preparó para contender en las nuevas elecciones. En aquella ocasión, el general no solo compitió contra Benito Juárez, sino contra otra figura destacadísima de la pléyade liberal, Sebastián Lerdo de Tejada. Las elecciones de 1871 arrojaron como resultado otra derrota para Díaz.

Entre tanto, Ignacio Manuel Altamirano volvió a organizar veladas literarias y se destacó como el artífice de la literatura nacional. El joven Justo Sierra quedó seducido por la erudición de Altamirano y se integró de inmediato. Hacia 1869 empezó a colaborar en el diario liberal *El Renacimiento* y dos años más tarde terminó sus estudios de derecho.

Por su parte, en su segundo intento de obtener la presidencia, Díaz no permaneció quieto. Impugnó las elecciones y se lanzó en armas contra su mentor y ganador de la contienda, Benito Juárez. El Plan de Noria no prosperó, aunque se ganó amplias simpatías, sobre todo en el sur del país. En 1872, Juárez murió en el ejercicio del poder y lo sucedió por mandato constitucional Sebastián Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia. El nuevo presidente trató

con dureza a Díaz y lo volvió a derrotar en las elecciones extraordinarias de octubre de 1872. No obstante, le otorgó el perdón por su participación en la revuelta.

Parecía ser el declive definitivo del caudillo. Las penurias económicas lo obligaron a vender su hacienda en La Noria y trasladarse a Veracruz, donde se recuperó. En 1875, Lerdo de Tejada dejó entrever su deseo de reelegirse; sin embargo, medidas que había tomado durante su gobierno, como un alza en los impuestos y la expulsión de órdenes religiosas, propiciaron que Díaz volviera a dar la pelea. En 1876, los candidatos se enfrentaron en un tenso clima político. Díaz no cesó de hostigar a la figura de Lerdo, lo que ocasionó una cruenta represión de sus partidarios. El 10 de enero de 1876, con el apoyo de varios militares y con el respaldo de la Iglesia católica, Porfirio Díaz lanzó el Plan de Tuxtepec contra el gobierno de Lerdo de Tejada.

En aquellos años de incertidumbre, Sierra se consolidó como periodista. Asistía con frecuencia a actos de caridad y tomaba la palabra para recitar sus poemas en público. En 1875 comenzó su vida burocrática con un puesto de secretario en la Suprema Corte de Justicia. En un ambiente político enrarecido, Sierra no se mostró indiferente ante la situación y opinó de manera desfavorable sobre los

lerdistas. En esos momentos, finales de 1876, se alineó con el ala legalista que encabezaba José María Iglesias.

La revolución de Tuxtepec parecía que tendría la misma suerte que el movimiento de La Noria. Díaz casi había sido derrotado por Mariano Escobedo en las proximidades del estado de Tlaxcala, cuando Manuel González inclinó la balanza al lado de los sublevados. A pesar del triunfo del Plan de Tuxtepec, los problemas políticos continuaron. José María Iglesias, presidente de la Suprema Corte de Justicia, quiso ocupar la primera magistratura, como correspondía por mandato constitucional luego de la huida de Lerdo al extranjero.

Díaz ofreció reconocer a Iglesias como presidente provisional siempre y cuando nombrara un gabinete compuesto por partidarios de ambos, y que él ocupara la Secretaría de Guerra. Al no aceptar Iglesias, a finales de noviembre de 1876 Díaz decidió ocupar Ciudad de México. El general oaxaqueño derrotó a los reductos militares que apoyaban a Iglesias, y finalmente, el 5 de mayo de 1877, juró ante el Congreso como nuevo presidente de la república, con la presencia de Sierra entre los asistentes.

En cierta medida, la personalidad del presidente chocaba con la solemnidad que demandaba su investidura. El general, acostumbrado a la guerra y diestro en el oficio de la carpintería,

distaba mucho de poseer los modales y la instrucción de un hombre ilustrado. “[S]in plan fijo, sin la base sólida del derecho, sin talento y sin aquellas miradas elevadas que caracterizan al hombre del Estado, Porfirio Díaz es una especie de máquina sin movimiento propio, sujeto a la mano que le imprime las revoluciones que quiere.”<sup>1</sup> Superó estas carencias gracias a su acercamiento a intelectuales como Vicente Riva Palacio. Justo Sierra se sumó tiempo después al proyecto, cuando se convenció de que el país requería orden y progreso, y que para llegar a tal fin se necesitaba paz, la cual bien podría garantizar el régimen porfirista. También habría que añadir su paulatino desencanto del liberalismo clásico y su creciente interés por la doctrina positivista. Para Sierra, el positivismo era la llave que terminaría con la anarquía y abriría la puerta a la prosperidad económica.

### Sierra, el romántico

Sierra fue sin duda piedra angular durante el tránsito del romanticismo al positivismo. Debemos considerar, en primer lugar, la tutela que Altamirano ejerció sobre Sierra en el semanario *El Renacimiento*, donde el joven literato

<sup>1</sup> Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912* (Ciudad de México: UNAM, 1992), 169.

publicó ensayos, poemas y extractos de una novela inconclusa, *El ángel del porvenir*.<sup>2</sup> En las páginas de *El Renacimiento*, los polígrafos liberales intentaron formar la literatura nacional basados, por principio, en la reconciliación nacional. El semanario quería incluir la pluma de todos intelectuales, independientemente de su filiación política, con la intención de constituir “un baluarte de la independencia cultural de la nación”.<sup>3</sup> Esta inclusión nos da entrada al segundo objetivo: para los polígrafos, era indispensable forjar la identidad nacional, con la intención de fijar una historia común y educar a la población. En este sentido la intelectualidad romántica liberal fue colaboradora del régimen como agente educador que utilizaba la literatura como herramienta pedagógica, a fin de contar con jóvenes informados sobre su pasado, sus derechos y obligaciones, y orgullos de las épicas nacionales.

Para llevar a buen puerto este plan, los polígrafos impregnaron su obra con dos características fundamentales: un énfasis en la majestuosidad del paisaje y en el heroísmo de los personajes que habían luchado por la emanci-

<sup>2</sup> Blanca Estela Treviño piensa que esta experiencia fue fundamental para Sierra, pues le permitió hacerse de “muchos de los secretos del oficio y su pluma adquirió mayor soltura”. Véase: *Justo Sierra: una escritura tocada por la gracia* (Ciudad de México: UNAM / FCE, 2009), 39.

<sup>3</sup> Carlos Illades, “Las revistas literarias y la recepción de las ideas en el siglo XIX”, *Historias* 57 (2004): 60.

pación nacional en todas las guerras;<sup>4</sup> todo esto enmarcado en un ambiente donde permeaba la tragedia, pero también la esperanza en un futuro próspero. En el caso de Sierra, su romanticismo estaba concentrado en una poesía que ensalzaba a los héroes, como señala Perea Fernández: “así lo manifiesta en sus oraciones fúnebres, en sus elogios y poemas, en sus discursos, dirigidos al heroísmo mexicano”.<sup>5</sup> En el poema “La solemne función del cinco de mayo”, Sierra identifica al conglomerado que asentó un golpe imborrable a la intromisión extranjera y de esa forma contribuyó a escribir la historia nacional. “Hora de redención, instante augusto en el que, en medio del fragor de la batalla, en la frente de un grupo de titanes, fue ungi-

do rey el pueblo”.<sup>6</sup> La determinación del héroe, su valor y en muchos casos su espíritu de sacrificio eran ejemplos deseables para el ciudadano común, ingredientes necesarios para su imitación. Su lucha no solo tenía que ver con vencer a un enemigo extranjero, sino con algo de más fondo, la lucha por el republicanismo, el laicismo, la separación de poderes y otros principios liberales. “Levantó entonces varonil aplauso la humillada esperanza de los pueblos. Victoria y libertad, dijeron, nombres que infundieron pavor en el tirano, en presencia de Dios y de los hombres el porvenir tornose americano.”<sup>7</sup> Durante esta etapa de su vida, Sierra condensó en su escritura los planteamientos románticos liberales en boga, con la finalidad de educar a los mexicanos.

En lo tocante a la ponderación del espacio, valdría la pena mencionar lo que Catherine Héau-Lambert y Enrique Rajchenberg identifican como “tatar el espacio”. El territorio reconocible por ligaduras sentimentales brinda también marcadores espaciales o geosímbolos que producen un efecto metonímico, es decir, que una parte representa al todo. “En este sentido los paisajes cobran valor simbólico cuando se incorporan como productor de identidad nacional.”<sup>8</sup> El paisaje vigo-

<sup>4</sup>Para este último punto fue de suma importancia la novela histórica. Autores como Riva Palacio o Mateos echaron mano, además de los ficticios, de personajes reales que habían participado en causas como la lucha por la Independencia o la defensa frente a la Intervención Francesa. Según Leticia Algaba, los autores encontraron una convivencia armónica entre los sucesos históricos y la ficción. Fueron precisamente los personajes ficticios, enmarcados en el romanticismo, los que encarnaron los valores del patriotismo liberal, es decir, héroes abnegados, atormentados por la tragedia, enamorados y finalmente redimidos en lo personal y lo social por hacer frente al invasor extranjero. Leticia Algaba, “Por los umbrales de la novela histórica”, en *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, coord. por Belén Clark de Lara y Elisa Spekman (Ciudad de México: UNAM, 2005), 88.

<sup>5</sup>Mayra Diana Perea Fernández, “Justo Sierra. La escritura de la historia como justificación de un régimen político” (tesis de maestría, ICSYH, 2018), 33.

<sup>6</sup>Justo Sierra, *Obras completas*, 1 (Ciudad de México: UNAM, 1991), 258.

<sup>7</sup>*Ibid.*, 260.

<sup>8</sup>Catherine Héau-Lambert y Enrique Rajchenberg. “La identidad nacional. Entre la patria y la

roso, único e incomparable, en tanto su topografía y la singularidad de habitantes fue un instrumento primordial, como hemos dicho, en la conformación de la identidad nacional en la literatura romántica liberal. En las narraciones románticas, el espacio es tanto motivo de orgullo por su singularidad como “fortaleza estratégica”, es decir, centros de repliegue y puntos de operación para los movimientos militares, pero también coordenadas de encuentro, de la producción económica y de la convivencia familiar, por lo que es indispensable salvaguardarlo.

Intentemos identificar algunas de las emociones por el territorio en el poema “Playera” de Justo Sierra:

Baje a la playa la dulce niña,  
perlas hermosas le buscaré,  
deje que el agua durmiendo ciña  
con sus cristales su blanco pie.

Venga la niña risueña y pura,  
el mar su encanto reflejará  
y mientras llega la noche oscura  
cosas de amores le contará.

Cuando en Levante despunte el día  
verá las nubes de blanco tul,  
como los cisnes de la bahía,  
rizar serenas el cielo azul.<sup>9</sup>

---

nación: México, siglo XIX”, *Cultura y Representaciones Sociales*, núm. 4 (2008): 46.

<sup>9</sup>Sierra, *Obras completas*, 235.

En este poema, elocuente, de gran afecto y exaltación, se observan tintes de melancolía, amor desbordante y un fuerte componente espacial. El territorio, el paisaje, en este caso la playa, es fundamental en el quehacer del romanticismo. El espacio susceptible para idealizar tanto por su belleza como punto de anclaje para encontrar los sentimientos nacionales.

Pero la pregunta que planteamos al principio sigue en el aire: ¿en qué momento Sierra abandona las pautas de ese romanticismo para adoptar el cientificismo del positivismo? Agustín Yáñez explica que el quiebre puede situarse hacia 1875, a raíz de una polémica entre los liberales de cepa, encabezados por Guillermo Prieto, que plantearon un plan de estudios diferente al de Gabino Barreda. Sierra tomó partido por este último y “atacó el proyecto de Prieto en cinco artículos publicados por *El Federalista*. El hecho reviste señalada importancia biográfica porque marca el momento de franca divergencia respecto a las ideas de la vieja guardia, divergencia que se ahondará en definitiva poco después, cuando Sierra imponga su acento personal en la dirección del periódico *La Libertad*”.<sup>10</sup>

Otro punto de inflexión sucedió al año siguiente, 1876, cuando Sierra se separó de *El Federalista* alegando diferencias “políticas” por la oposición del escritor a la reelección de

<sup>10</sup>Agustín Yáñez, “Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra”, en *Obras completas*, I, *ibid.*, 56.

Lerdo de Tejada, a quien Sierra veía como un representante genuino del antiguo sistema liberal. Para combatirlo, el campechano fundó con José María Castillo Velasco y Eduardo Garay *El Bien Público*, cuyas páginas se consagraron a defender el “orden y progreso” denunciando la anarquía que significaba la Revolución de Tuxtepec y la reelección de Lerdo y abogaron por un legalismo que en ese momento era representado por José María Iglesias. La victoria de Díaz arrinconó a Sierra, quien permaneció todo 1877 en una especie de retiro voluntario, del cual volvió al año siguiente más convencido que nunca de que la paz era una condición indispensable para alcanzar el progreso. Sierra y sus compañeros de *El Bien Público* se acercaron a Díaz: “le hablan de sus proyectos y se comprometen a ayudarlo contra las empresas revolucionarias que, tratando de prorrogar la epidemia de los trastornos públicos, impidan el adelanto de México”.<sup>11</sup> Allí nació *La Libertad*, diario abiertamente enemigo de “toda estéril agitación que al conmover un país lo vicia y lo desangra”.<sup>12</sup> En *La Libertad* se percibe un abandono del liberalismo clásico u ortodoxo que había acompañado a la generación de literatos durante la época de la República Restaurada y se advierte en sus páginas un positivismo heterodoxo. De esta

forma, en opinión de Álvaro Matute, Sierra disertó sobre la nación y sus problemas desde una óptica sustentada en las ideas de Herbert Spencer en cuanto a la evolución de la sociedad y de John Stuart Mill con respecto a la concepción de libertad.<sup>13</sup>

### Sierra, el positivista

En el gobierno de Porfirio Díaz se materializó el progreso en la forma de vías férreas, nuevas líneas de telégrafo, nuevos barrios capitalinos inspirados en los suburbios de París, como la colonia Juárez o la Roma. La pacificación de Díaz tuvo como ideología la doctrina positiva. El positivismo, además de “cimentar la obra de la revolución reformista”,<sup>14</sup> se consolidó en un Estado pacificado, si se quiere a base de golpes,<sup>15</sup> pero pacificado al fin, después de una era de pugnas y guerras internas. Así como el caos parece un ambiente propicio para el romanticismo, el orden es el marco natural del

<sup>13</sup> Álvaro Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, en *La república de las letras, asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, III, coord. por Belén Clark de Lara y Elisa Spekman (Ciudad de México: UNAM, 2005), 432.

<sup>14</sup> Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (Ciudad de México: FCE, 1978), 56.

<sup>15</sup> Ignacio Solares, “Porfirio Díaz y Madero en caliente”, *Nexos* (2009): 2. En este artículo, Solares describe la conducta violenta de Porfirio Díaz en su afán de mantener el orden y su nula compasión por los mendigos, a los que levantaron de las calles de la ciudad a la víspera de las fiestas del centenario a base de “garrotazos”.

<sup>11</sup> *Ibid.*, 64.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 65.

positivismo. Si el romanticismo es la forma en que se expresa la sociedad libre, o, mejor dicho, el individuo libre, el programa positivista impulsará la estabilidad y el progreso de la sociedad en su conjunto.<sup>16</sup>

Si bien el positivismo tuvo su auge en el porfiriato, para rastrear el origen es necesario remitirnos a la figura de Gabino Barreda, quien fue llamado por Juárez para reorganizar el sistema educativo.<sup>17</sup> ¿Por qué se decidió adoptar esta doctrina? En un país devastado por la guerra, por una lucha constante entre dos bandos, el positivismo pareció la receta para apaciguar las aguas, para poner el freno definitivo al desorden (liberal) y la anarquía, y, ¿por qué no?, como una forma de reconciliación con algunos sectores de la sociedad agraviados por la lucha civil. Josefina Zoraida Vázquez explica que el positivismo “parecía prometer a los

preocupados hispanoamericanos que tenían ante la vista el triste espectáculo de caos, la solución a todos sus males”.<sup>18</sup>

En la retórica de Barreda, el positivismo era el camino de la plena y definitiva emancipación<sup>19</sup> de la nación mexicana, la cual empezó a gestarse justo con la guerra. En este sentido, la guerra fue instrumento necesario para que llegaran el orden y el progreso.

Justo Sierra fue positivista, pero a diferencia de Barreda, que era seguidor de Comte, se decantó por las ideas de Spencer, es decir, consideraba a la sociedad como un superorganismo, que solo llegaría a la prosperidad con disciplina social y la paulatina desincorporación de la tutela del Estado.<sup>20</sup> Sierra se asumió como continuador de la doctrina positiva en México.<sup>21</sup> Para este hombre, “era claro que cualquier evolución que se alcanzara era patrimonio exclusivo de la población criolla y mestiza, beneficiada por la

<sup>16</sup>Hasta antes del siglo XIX, se pensaba que los científicos naturales eran los únicos que podrían alinearse sin problemas al programa positivista; sin embargo, con la aparición de la sociología comtiana, las ciencias sociales abrazaron la científicidad. Por eso, el positivismo corresponde al empirismo de los siglos XVII y XVIII, solo que en el siglo XIX se presenta como aliado de las ciencias sociales. Se ocupa de fenómenos observables, concretos y accesibles, para formular hipótesis y llegar a resultados conforme a los métodos válidos de toda la investigación social.

<sup>17</sup>Para minar el poder de los militares y la Iglesia, Juárez decretó en diciembre de 1867 la Ley de Instrucción Pública, con la que cancelaba el monopolio del clero y, al mismo tiempo, estableció un programa de impulso profesional de la medicina, la ingeniería y las leyes. En 1868 encomendó al maestro Gabino Barreda que fundara la Escuela Nacional Preparatoria, encargada de impartir una enseñanza laica, científica y positivista.

<sup>18</sup>Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía* (Ciudad de México: Ateneo, 1978), 151.

<sup>19</sup>Barreda mencionó tres tipos de emancipación: científica, religiosa y política, de las que la religiosa era la más necesaria. Véase: Zea, *El positivismo en México*, 57.

<sup>20</sup>Otra diferencia entre ambos respecto al liberalismo es que Barreda lo ataca por anacrónico y Sierra por utópico.

<sup>21</sup>En un artículo en la prensa se indica que basta que un hombre se asuma como erudito en algún campo y lo exprese abiertamente, para que todo mundo esté de acuerdo con él y le conceda la razón; por ejemplo: “Justo Sierra quien se jacta de ser autor de ese programa que se llama positivista”. Véase: Safir, “En torno del hogar”, *El Diario del Hogar*, 20 de junio de 1882, 2.

educación. De su evolución social se avanzaría hacia la evolución política”.<sup>22</sup> Este proceso evolutivo iba a superar para siempre la violencia. Con esta lógica identificamos un “positivismo como acción” y no solo como una mera doctrina. Este “positivismo como acción” también es visible en el avance tecnológico del porfirato. Díaz y sus científicos<sup>23</sup> llevaron a la práctica políticas públicas para remediar deficiencias en la sociedad, como dotarla de una mejor infraestructura urbana, comunicaciones más eficaces, un sistema de vigilancia y castigo de los infractores de la ley y un programa educativo que contemplaba la observancia de las ciencias materiales, morales y filosóficas de manera racional.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Matute, “Justo Sierra, el positivista romántico”, 434.

<sup>23</sup> Se les conoció como “científicos” a los ministros de Díaz que estaban inspirados en el positivismo. Mantenían buenas relaciones con los inversionistas extranjeros. Quizá el más connotado fue José Yves Limantour, secretario de Hacienda. En ese puesto llevó a cabo importantes reformas económicas, como la supresión de las alcabalas, el equilibrio presupuestal, el impulso en las obras de infraestructura material (ferrocarriles, puertos, alumbrado, urbanización, parques, etc.), la reforma monetaria, la consolidación del sistema bancario y la conquista del buen crédito internacional mediante operaciones de apertura o conversión de la deuda pública interna o externa. Se le consideró uno de los posibles sucesores de Díaz en la presidencia. Para un estudio más detallado del grupo de los científicos, véase: Carmen Sáez, “La élite dividida”, en *Crisis del porfirismo. Así fue la revolución* (Ciudad de México: SEP, 1985), 119-126.

<sup>24</sup> Como vimos, la educación era una condición para evolucionar y, por ende, para el progreso

Amparado en el programa positivista, Díaz justificó su dictadura enarbolando el estandarte de la libertad, pero no la de los individuos, sino la económica. Es necesario recordar que una de las máximas del liberalismo es la libertad del individuo frente al Estado. ¿Cómo debemos entender el liberalismo de Díaz, si en su régimen se redujeron las libertades de los ciudadanos? Paul Garner evalúa el liberalismo porfiriano y lo califica de “liberalismo patriarcal o de élite”,<sup>25</sup> caracterizado por la importancia que los científicos le otorgaron a la esfera económica en aras del progreso del país, olvidándose por completo del avance de los individuos. Este tipo de liberalismo, llamémosle si se quiere “positivo”, quedó desligado del liberalismo que se trataba de exaltar por medio del romanticismo e ideas como el valor o el heroísmo. No bastaban ya las odas a la patria ni los personajes de ficción abnegados y dispuestos a combatir a un enemigo extranjero. Para consolidar el progreso de la nación, era necesario algo más: asentar el progreso en el desarrollo industrial, la libertad económica y una

de la sociedad. El tema fue de suma importancia para Sierra. Recordemos su paso como profesor de educación preparatoria y su actividad como pionero de la enseñanza de la historia universal en México. Como legislador, su agenda más importante fue la que tuvo que ver precisamente con este ámbito. Al despuntar la década de 1880 formuló un primer proyecto para la creación de una universidad nacional.

<sup>25</sup> Paul Garner, *Porfirio Díaz, del héroe al dictador* (Ciudad de México: Planeta, 2007), 78.

paz duradera. En el aspecto político, Sierra consideró que para imponer el orden en una transición entre la anarquía liberal y el positivismo era necesario apoyar una “dictadura honrada” que asegurara la estabilidad de la sociedad. La respuesta a esta disyuntiva fue el Porfiriato, “como única fuerza política de orden y progreso para estabilizar la república mexicana”.<sup>26</sup> Con el arribo de esa paz, surgió también otra retórica que exalta la majestuosidad del territorio, que recupera el pasado prehispánico y elogia el progreso tecnológico. Analicemos el siguiente poema de Justo Sierra, “En la inauguración del tramo del ferrocarril de México Tlalnepantla”.

Es un velo inmenso de vivos colores,  
de excelsos volcanes prendido al  
cristal...

Allí donde el águila cuelga sus nidos  
de un pueblo de libres se ve...

En horas benditas habló el porvenir,  
fulgura en su cielo la santa esperanza...

El nuevo soldado que busca la gloria,  
que crece en el surco la palma de paz...

Que suba en los aires el himno bendito  
del santo trabajo; fórmenos su altar  
en estas montañas de rudo granito.  
Marchemos de prisa, marchemos es  
la hora, el mundo moderno tiene alas,  
marchad.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Javier Ocampo López, “Justo Sierra, el maestro de América. Fundador de la Universidad Nacional de México”, *Revista Historia de la Educación Latinoamericana* 15 (2010): 22.

<sup>27</sup> Sierra, *Obras completas*, 356.

El solo título ya remite a una era de progreso. El territorio accidentado y poco accesible de la primera mitad del siglo XIX empezó a comunicarse. La parálisis política, económica y social parecía dejarse de lado. Las acciones guerreras del héroe fueron relevantes para transitar a una identidad nacional, pero en esta nueva realidad marcada por el desarrollo económico, son más importantes el trabajo y el avance tecnológico. Ahora es motivo de exaltación la paz, el progreso y el porvenir. Otra singularidad del poema de Sierra es el silencio, el mismo que emerge en la pintura del mexiquense José María Velasco, es el paisaje el que habla. Excelsos volcanes, el vuelo de un águila sobre un cielo transparente, montañas de rudo granito. Otra notable diferencia es el cambio en la sonoridad de este poema respecto a “Playeras”, pues no hay sentimientos que sugieran amores. En la “Inauguración...” hay un lenguaje más elaborado, más pausado, absuelto de pasiones románticas; es un discurso que apunta la necesidad de trabajar, progresar y mantenerse por la senda que impone el desarrollo industrial.

## Conclusiones

El romanticismo parece adecuado para la retórica liberal, pues pretende emanciparse de ligaduras y reglas universales, de represiones coloniales...

del pasado. Esta afirmación lleva a reflexionar acerca de las condiciones del país como una determinante para el florecimiento del romanticismo. Desde nuestra óptica, el romanticismo supo navegar en las aguas del caos. Según José de la Revilla, en el romanticismo encontramos desorden y desprecio de las reglas. Entonces, ¿el México de la primera mitad del siglo XIX es un país de reglas? Justamente la imposición de reglas, si nos referimos a la promulgación de las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857, provocaron una exaltación del país que no se apaciguó sino hasta la caída del Segundo Imperio. Hombres identificados con la Reforma, con la defensa de la república ante las fuerzas de la Intervención Francesa, tomaron la pluma impregnada de romance para contar la épica de los próceres de la historia nacional, en medio del caos producido por la guerra.

Por su parte, la ciencia positiva se basaba en la observación, la experimentación y en los hechos, no sobre dogmas y abstracciones. De esta manera, la confrontación con el liberalismo tuvo que ver con que este último careció de la fuerza necesaria para justificar las metas de su propio programa. En cambio, logró poner sobre la mesa un programa cultural que no solo contempló el crecimiento exponencial de la literatura,

sino que alentó también la creación de organizaciones culturales y fomentó la música, el teatro y las artes a fin de afianzar la ambicionada identidad nacional.

A partir del porfirato quedaron establecidos dos horizontes de enunciación constituidos por dos principios dominantes. El primero es el que propone María Luna como “la libertad individual, la que se buscó concretar a través del liberalismo en los ámbitos político y económico y del romanticismo como sensibilidad y forma de expresión”.<sup>28</sup> El segundo viene con la pacificación del México porfirista con el orden y el progreso de la sociedad determinados por el positivismo, tanto como método de gestión pública, como forma de expresión. En ambos horizontes Sierra participó de forma destacada. En el romanticismo, contribuyó a celebrar las actuaciones brillantes del héroe frente a las amenazas externas, pero cuando esa construcción ideal quedó rebasada, Sierra giró a hacia una forma de expresión más compleja, auténticamente preocupada por la regeneración nacional, que pasaba por alcanzar la paz y acercar a la nación a los umbrales del desarrollo y del adelanto tecnológico.

<sup>28</sup> María Luna, *Constitución de saberes, principios dominantes y sus géneros de expresión* (Ciudad de México: UAM-A, 2008), 4.